

LA ILUSTRACION BÉTICA

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA

	PRECIOS DE SUSCRICION		
	AÑO	SEMESTRE	TRIMESTRE
Sevilla	48 reales.	26 reales.	14 reales.
Fuera	52 id.	28 id.	15 id.
Extranjero	62 id.	33 id.	18 id.

AÑO I.—NUM. IX
 PROPIETARIO
AURELIO ORDUÑA
 Sevilla, 1.º de Agosto de 1881.

	PRECIOS DE SUSCRICION	
	AÑO	SEMESTRE
Cuba y Puerto Rico	72 reales.	38 reales.
Filipinas	80 id.	44 id.
Méjico y Rio de la Plata	80 id.	44 id.

EN QUÉ AÑO NACIÓ CRISTÓVAL COLÓN?

II

Aquí se enlaza naturalmente el dramático suceso de la llegada de Cristóval Colón al Monasterio franciscano de Santa María de la Rábida, que tan bello argumento ha prestado á pintores, poetas y novelistas.

Y, en verdad, nada más patético. El hombre que acariciaba un pensamiento colosal, el sér destinado á causar la revolucion más profunda, más trascendental en la historia de la humanidad, despues de la redencion, rendido de fatiga, necesitado y pobre, pide con lágrimas en los ojos pan y agua á unos bondadosos monjes, para remediar la necesidad de un hermoso niño que llevaba de la mano.... La imaginacion no puede aquí superar á la verdad.

El deseo de fijarlo todo en la cuestion con documentos, el mismo afán de profundizar, ha producido el efecto contrario de oscurecer un hecho clarísimo y de gran importancia en la vida de Colón.

Cuando despues de la muerte del Almirante su hijo D. Diego entabló pleito para que se le cumpliera lo capitulado por los Reyes con su padre, el Fiscal articuló ciertos interrogatorios, y contestando á ellos el Médico Garcí-Hernández (1), vecino de Huelva, y que concurrió al convento llamado por Fray Juan Pérez para oír las explicaciones de Colón, expuso que éste *venía de arribada de la corte de S. A., á pié, con su hijo D. Diego, que era niño.*

Apoiados en esta declaracion, han confundido los criticos dos cosas distintas: la llegada de Colón cuando venía de Portugal, y su regreso de Córdoba, aburrido y desesperanzado, al ver que no encontraba medio de que fueran escuchados sus proyectos. El primer hecho tuvo lugar en fines del año 1484; el segundo debió de ocurrir en igual época, en el invierno del año 1489 á 1490. En el primero, Cristóval Colón á pié, cansado, caminando con precipitacion, y receloso de una emboscada, llegó en lastimoso estado á la portería del convento, demandando alimento y reposo para su hijo; y habiendo encontrado simpatía y afecto, trabó amistad con el Guardian, le dejó encomendado al niño D. Diego, entónces de ocho años, y con mayor tranquilidad salió para la Corte.

En 1490 volvió despechado, desatendido, para recoger á su hijo y pasar á Francia ó á otras naciones, á ofrecerles lo que la corte de Castilla y Aragon desdeñaba.

Entónces el prudente Guardian quiso adquirir mayores conocimientos, fortalecer su conviccion, ántes de comprometer su nombre en nuevas instancias á personas influyentes en la corte, y convocó á algunos hombres doctos para que escuchasen los proyectos del navegante.

El Médico Garcí-Hernández declaró en el pleito en el año 1513, veintiocho ó treinta años despues de

los sucesos, cuando debia ser ya muy anciano, y los hechos pudieron estar confundidos en su memoria. —El Obispo Las-Casas es mucho más metódico y más claro en su narracion (1). Coloca en su debido lugar la primera llegada de Cristóval Colón á España, y su regreso á la Rábida para recoger el niño, fijando con seguridad en esta segunda vez la conferencia con el físico Garcí-Hernández (2).

Verdaderamente, el esclarecimiento de estas dudas nos aleja un tanto de nuestro intento, por más que sea de sumo interés, y debemos volver al propósito.

«años se pasaron en la plática, y nueve ejecutando, cosas muy señaladas....» (1)

Contaba, pues, cincuenta y seis años aproximadamente cuando se embarcó en Palos para su primer viaje.

En los siete años de su permanencia en España, llevando sus pretensiones con desigual fortuna, habitó sucesivamente en várias poblaciones importantes, en Sevilla, en Córdoba, en Salamanca y en otros lugares.

Á 15 de Agosto del año 1488 nació en Córdoba, de doncella noble, su segundo hijo D. Fernando (2).

En fines de este mismo año pasó á Portugal, habiendo ántes impetrado y obtenido salvo-conducto del Rey D. Juan (3); y allí se encontraba cuando en el mes de Diciembre regresó de su viaje al cabo de Buena-Esperanza Bartolomé Díaz, segun nota escrita de mano del mismo Almirante en el libro de los tratados del Cardenal Pedro Aliaco, conocido con el nombre de *Imago Mundi* (4).

De vuelta en España, pocos meses despues, acompañó á la corte y asistió á la entrega de Granada á los Reyes Católicos; hecho memorable que recuerda en la primera página de su *Diario de navegacion* (5), y en 3 de Agosto de 1492 salió para su atrevido viaje.

El viernes 12 de Octubre puso el pié en tierra por él descubierta: habia dado glorioso término á su empresa, y aquella cuarta parte del mundo debió recibir el nombre de *Colombia* (6).

Viernes 15 de Marzo de 1493 desembarcó en Palos, de donde habia salido ocho meses y medio ántes.

Otros tres viajes hizo al mundo por él descubierta, regresando del último en 7 de Noviembre de 1504.—Los trabajos padecidos, la edad y las enfermedades habian quebrantado aquella robusta naturaleza.—Al llegar á Sevilla, el Cabildo Catedral, en vista de su lamentable estado, acordó prestarle una litera ó andas de su propiedad (7). Á los sesenta y ocho años de edad esto se comprende muy bien, más aún cuando las penalidades de todo género anticipaban la senectud.

Al año siguiente, por Real cédula fecha en la ciudad de Toro á 23 de Febrero de 1505, se concedió á Colón licencia para ca-



«LAS VÍCTIMAS DE NAVIDAD.»
 Cuadro de D. José de la Vega.—(Dibujo de D. Baldomero Tovar.)

Llegó Colón á España en los últimos meses de 1484. Tenía entónces cuarenta y ocho años.—«Siete

(1) *Historia de las Indias*, lib. I, cap. XXIX.
 «Salió Christóbal Colón de Portugal lo más secreto que pudo.... y así tomando á su hijo niño Diego Colón, dió consigo en la villa de Palos, donde quizá tenía cognoscimiento con alguno de los marineros de allí, é tambien, por ventura, con algunos religiosos de Sant Francisco, del monasterio que se llama Santa María de la Rábida, donde dejó encomendado á su hijo chiquito Diego Colón. Partióse para la corte.... llegado á 20 de Enero de 1485, etc.»
 (2) Loc. cit., cap. XXXI.

(3) *Carta al ama del Principe Don Juan*. Códice Colombiano Americano. Génova, 1823, pág. 298.
 (4) D. Juan de Loaisa. Introducción al inventario de los libros de la Biblioteca Colombina.
 (5) Navarrete. *Coleccion de viajes*, t. II.
 (6) Biblioteca Colombina. «Nota quod hoc anno Domini 88, in mense Decembris, appulit in Ulixbona Bartolomeus Didacus Capitanus trium carabellarum quem miserat Dominus Rex Portugallie in Guineam ad tentandum terram.... usque uno prope promontorium nominatum Cabo de Boa Esperanza... quod viajium picabit et scripsit de leucha in leucha in una charta navigationis... in quibus omnibus interfui.»
 (7) Las-Casas. *Historia de las Indias*, cap. XXXV.
 «...despues de Vuestras Altezas haber dado fin á la guerra de los moros que reinaban en Europa, y haber acabado la guerra en la muy grande ciudad de Granada, á donde este presente año á 2 dias del mes de Enero, por fuerza de armas vide poner las banderas reales de Vuestras Altezas en las torres de la Alhambra, que es la fortaleza de la dicha ciudad, y vide salir al Rey moro á las puertas de la ciudad y besar las reales manos de Vuestras Altezas y del Principe, mi señor...»
 (8) El Sr. D. Antonio María Fabié, en su *Vida y escritos de Fr. Bartolomé Las-Casas*, sostiene esta misma denominacion en elocuentes frases. Pág. 373.
 (9) Auto capitular.—26 de Noviembre 1504.

(1) Navarrete. *Coleccion de viajes*, t. III.

minar en mula ensillada y enfrenada, apesar de las pragmáticas que lo prohibían, teniendo en cuenta su *ancianidad* y enfermedades (1).

De una y otra cosa gozó por poco tiempo el venerable anciano, que dió su alma al Criador en Valladolid, día 20 de Mayo de 1506, víspera de la festividad de la Ascension.

III

Que nació Colon en 1436, aparece razonablemente justificado por la rápida excursion de los hechos principales de su vida que acabamos de hacer. Apoyados en el testimonio del Cura de los Palacios, y en sus propios estudios, sostienen la misma fecha y cronología biográfica nuestro ilustre Navarrete (2), el célebre Alejandro Humboldt (3), Alfonso de Lamartine (4), el Dr. Fernando Hofer (5), miss Emma Hart (mistress Villard) (6), Washington Irving (7), César Cantú (8) y otros.

Oscar Peschel, (9) cotejando fechas y haciendo nuevos cálculos, se decide por la época más próxima, y fija el nacimiento del descubridor en 1456, apoyándose en una fecha evidentemente equivocada, que aparece en carta que dirigió Colon á los Reyes desde la Isla de Jamaica, en 7 de Febrero de 1503. Dice en ella el Almirante: «Yo vine á servir de veintiocho años, y agora no tengo cabello en mi cabeza que no sea cano, y el cuerpo enfermo.»

Pero, apesar del notable juicio y erudicion del crítico alemán, cualquiera conoce que en esta cronología no es posible dar cabida al hecho del apresamiento de la galeaza *Fernandina*, que el mismo Cristóbal Colon refiere como verificado de orden del Rey Renato de Anjou en 1459,—pues entonces sólo hubiera contado aquél tres años de edad,—y que otros puntos son tambien de difícil, si no imposible, resolucion. Además, suponiendo el nacimiento de Colon en 1456, hubiera contado cincuenta años en el de su fallecimiento; y ni á esa edad se le ha llamado nunca en España *senectud*, como dice Bernaldez, ni *ancianidad*, segun la expresion de la cédula Real.

Este extremo es absolutamente inadmisibile. En la copia de la carta que sirve de base á tal opinion, hay una errata grave; se puso 28 en vez de 48, y así lo sospechó Bossi, y lo han afirmado otros historiadores.

Los partidarios de los términos medios, en los cuales se cree siempre encontrar lo justo, estudian todas las opiniones y juzgan llegar al acierto dando por seguro el nacimiento de Colon en el año 1446.

Entre muchos distinguidos biógrafos, han adoptado este término D. Juan B. Muñoz (10), Robertson (11), J. B. Spotorno (12) y otros; y últimamente le ha prestado el apoyo de su indisputable talento y erudicion especial Mr. D. Avezac (13), pretendiendo decir la última palabra en cuestion tan debatida.

Los argumentos capitales de los sostenedores de esta fecha média, se refieren á dos puntos principalmente. Primero á la edad del hermano menor D. Diego; pues habiendo nacido el Almirante en 1436 y suponiendo que aquél vino al mundo en 1468, es necesario conceder á la madre de ámbos Susana Fontanarosa una prolongacion de facultades, que casi no es admisible.—Segundo á la edad del mismo Cristóbal Colon en determinada época, porque encuentran extraño que á los cincuenta entrara en relaciones amorosas en Córdoba con D.ª Beatriz Enriquez, madre de su segundo hijo D. Fernando, y más aún que contara ya cincuenta y seis cuando salió del puerto de Palos para llevar á cabo la empresa que debia inmortalizar su nombre.

En ámbos argumentos es más la apariencia que la realidad. Al deducir la edad de D. Diego Colon del contrato de aprendizaje que celebró con Luchino Cadamatori para aprender el arte de tejedor de paños (14) y en cuyo documento, que parece se hizo en 1484, juró que era mayor de diez y seis años (*Insuper dictus Jacobus major annis sexdecim jurabit*) se incurre á no dudar en notable error.

Ó no debe ser bien entendida la fecha 1484, y sería 64 lo que debiera leerse, ó al poner *mayor de diez y seis años* se usaba en tales contratos una fórmula general, conforme con lo dispuesto en las ordenanzas de los tejedores, que no admitian aprendices menores de aquella edad; como en nuestros tiempos

dicen los Notarios en los instrumentos públicos *mayor de veinticinco años*, aunque el testigo tenga treinta ó cuarenta, pues lo importante es hacer constar que pasa de la edad exigida por la ley.

La edad de D. Diego no puede fijarse por ese solo dato, y como hay fundados motivos para creer que á su fallecimiento, ocurrido en Sevilla el día 20 de Febrero de 1515, contaba más de sesenta años, no puede suponerse que naciera despues del de 1450, y desaparece el argumento que se basa en la gran diferencia de edad entre el Almirante y su hermano menor.

La segunda objecion es mucho más débil, por su vaguedad misma. Las quejas del ilustre marino al ver transcurrir los años en *pláticas*; su resolucion de abandonar la corte de España y pasar á otras, tenían por fundamento el temor de que le faltara tiempo para la ejecucion, de que se le acabara la vida ántes de haber dado fin á su empresa, durante un viaje cuya duracion y penalidades no era posible preveer.... Estos temores eran muy justificados desde que habia llegado al confin de la edad viril, desde que habia pasado el término medio de la existencia humana, desde que tuvo los cincuenta años.... Ántes no tenían razon de ser.

Mucho podria decirse sobre estos extremos y sobre otros á que acuden para robustecer sus cálculos los doctos biógrafos del Almirante que no se conforman con la fecha que para fijar su nacimiento se desprende de las palabras del Cura de los Palacios. Es un estudio interesantísimo en el que por necesidad han de traerse á discusion todos los actos de la vida del grande hombre bajo un punto de vista nuevo y determinado; pero por hoy nuestra intencion no ha sido más que la indicada al principiar; dejar consignados los fundamentos principales en que descansa la opinion que tenemos por verdadera, indicando brevemente las contrarias.

Por eso este artículo, más que trabajo especial tiene sólo el carácter de una reseña que abraza los muchos puntos que aún quedan por discutir y aclarar en la vida de Cristóbal Colon.

J. M. ASENSIO.

HIMNO AL NILO

POESÍA EGIPCIA DE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS

TRADUCCION (1)

Enero—1880.

¡Salud, oh Nilo, á tí que, murmurando,
La tierra ciñes á tu amor rendida,
Y en paz te acercas sosegado y blando
Á dar á Egipto bendicion y vida!

¡Eres buen dios, y el valle refrigeras
Donde Osiris los cármes inflama,
Y tan copioso, que del sol pudieras
Entre tus ondas apagar la llama!

¡Del cielo bajas por oculta via
Y al prado hierba y flores le renuevas,
Donde el ganado inúmero se cria
Que en tu corriente deliciosa abrevas!

¡Eres dios Seb, amigo de los panes,
Del hombre suaves y sabrosos dones,
Y dios Neptra, que colma los afanes
Y es propicio á piadosas oblaciones!

¡Dios Phtah, todos los sitios iluminas,
Y, rey de peces de brillante escama,
Cuando cubres llanuras y colinas
Huyendo el ave tu poder proclama!

Nutre él la tierra de fecundo grano
Y en rubia mies se adorna la llanura,
Y altares dando al bienestar humano,
Duracion á los templos asegura.

Da reposo á las manos: si decrecen
Sus aguas, gimen cuantos de él esperan:
En el cielo los dioses se estremecen,
En el suelo los hombres desesperan.

Toda la tierra (2) ha abierto y dilatado,
Y por sustento da prados risueños
Á la ágil cabra y tardo buey cansado;
Y reposan los grandes y pequeños.

Si se retarda, invócanlo: aparece
Entónces como Khnoum, creador del mundo:
Y la vida se esparce; y se adormece
Toda la tierra en bienestar profundo.

Pasa, y, en pos, en el Egipto deja
La semilla de espléndidos manjares,
Y retoña la vid tostada y vieja
Y florecen los lotos seculares.

(1) Papyrus Sallier II, pl. XI, l. 6.—Ibid, pl. XIII, l. 5. Cf. Maspero, Hymne au Nil, París, 1868.—(Histoire ancienne des peuples de l'Orient, par G. Maspero.—París.—1875.)
(2) To-r-zer-ew, TODA LA TIERRA, uno de los nombres de Egipto. Conocida es, por lo demás, esta frase de Herodoto: «El Egipto es un don del Nilo.»

Él la ofrenda nos brinda generoso
Que lleva al sacrificio el pueblo inmenso,
Y es más puro, más grato y oloroso,
Cuando él lo riesga, el trasparente incienso.

Ámbas comarcas del Egipto inunda,
Y, al dejar la llanura y el otero,
El rico fruto almacenado abunda
Y de trigo feraz se hinche el granero.

Germina, y de los pobres es trofeo:
El cauce ensancha, y en su curso crece;
Y, aún cuando colma universal deseo,
No se agota jamás, ni se empobrece.

¿Cómo representarle? ¿qué estatuaria
Un dios tan gigantesco esculpiria?
¿Y cómo alzarle un templo? ¿qué santuario
Tanta grandeza contener podria?

¡Ah! Su origen se ignora, ó si se agita
Con las arenas del desierto en guerra,
Ó si su inmenso corazon palpita
En las hondas entrañas de la tierra.

¡Oh Nilo! Por tí se han perpetuado
De tus hijos las mil generaciones.
En el Sur eres siempre venerado,
En el Norte recibes bendiciones.

¡Tú, del dolor embebes, sin enojos,
Las lágrimas del hombre, en tí vertidas,
Y las devuelves luégo, ante sus ojos,
En abundancia y bienes convertidas!

CÁRLOS PEÑARANDA.

LA BARQUERA PÁLIDA

Reclinado en la roca solitaria
Donde doy rienda suelta á mi dolor;
Midiendo como el águila el espacio
Para elevar mi espíritu hasta Dios,
Contemplaba las olas, que venian
La orilla á golpear,
Como serie de grandes pensamientos
En lucha con la inquieta humanidad.

Era esa hora mística y solemne
En que el ángel amigo de la luz
Aparta la mirada de la tierra
Para elevarla á la region azul;
Esa hora en que pasan los recuerdos
En rápido tropel,
Como espectros robados á sus tumbas,
Que corren á buscarlas otra vez.

No sé qué meditaba. Hay abstracciones
Que no tienen ni forma ni color;
Que van al infinito con el alma,
Y no puede abarcarlas la razon.
Sólo recuerdo que los ojos húmedos
Por el llanto sentí,
Y que, en la playa, cual vision fantástica,
De una mujer se destacó el perfil.

Era elevada y triste como el sáuce,
Pálida como un ramo de azahar;
Sus ojos entornados, parecian
Luces que pasan, fuegos que se van:
Tenía la hermosura melancólica
Del eclipsado sol,
Y sustentaba sobre el hombre débil
El remo de un batel de pescador.

—Vengo—me dijo, con el tono vago
Con que vibra el salterio de David—
A empapar en las aguas del olvido
Tu corazon, cansado de sufrir;
Vengo á cerrar tus párpados ardientes
Con un beso de paz;
Vengo á abrirte las puertas misteriosas
Que cierran la ignorada eternidad.

En la serie de escalas luminosas
Que hará en el infinito mi bajel,
Los mares sin orillas del espacio
Explorarás conmigo á tu placer;
Esos libros con páginas de estrellas
Descifrarás por fin,
Penetrando en el mundo de la forma,
Que en vano intentas abarcar aquí.—

Calló: un rayo indeciso de la luna
Iluminó su macilenta faz,
Y yo sentí en mi pecho el toque frio
Que produce la punta del puñal.
—¿Quién eres?—dije, preso en los encantos
De aquel extraño sér,—
¿Qué simboliza tu celeste remo,
Y dónde está tu mágico bajel?
—¡Hélo allí!—replicó.—Del mar sereno
Blando se mece sobre el lomo azul;
¡Soy la Barquera Pálida! Mi esquiife
Es aquel ataud!

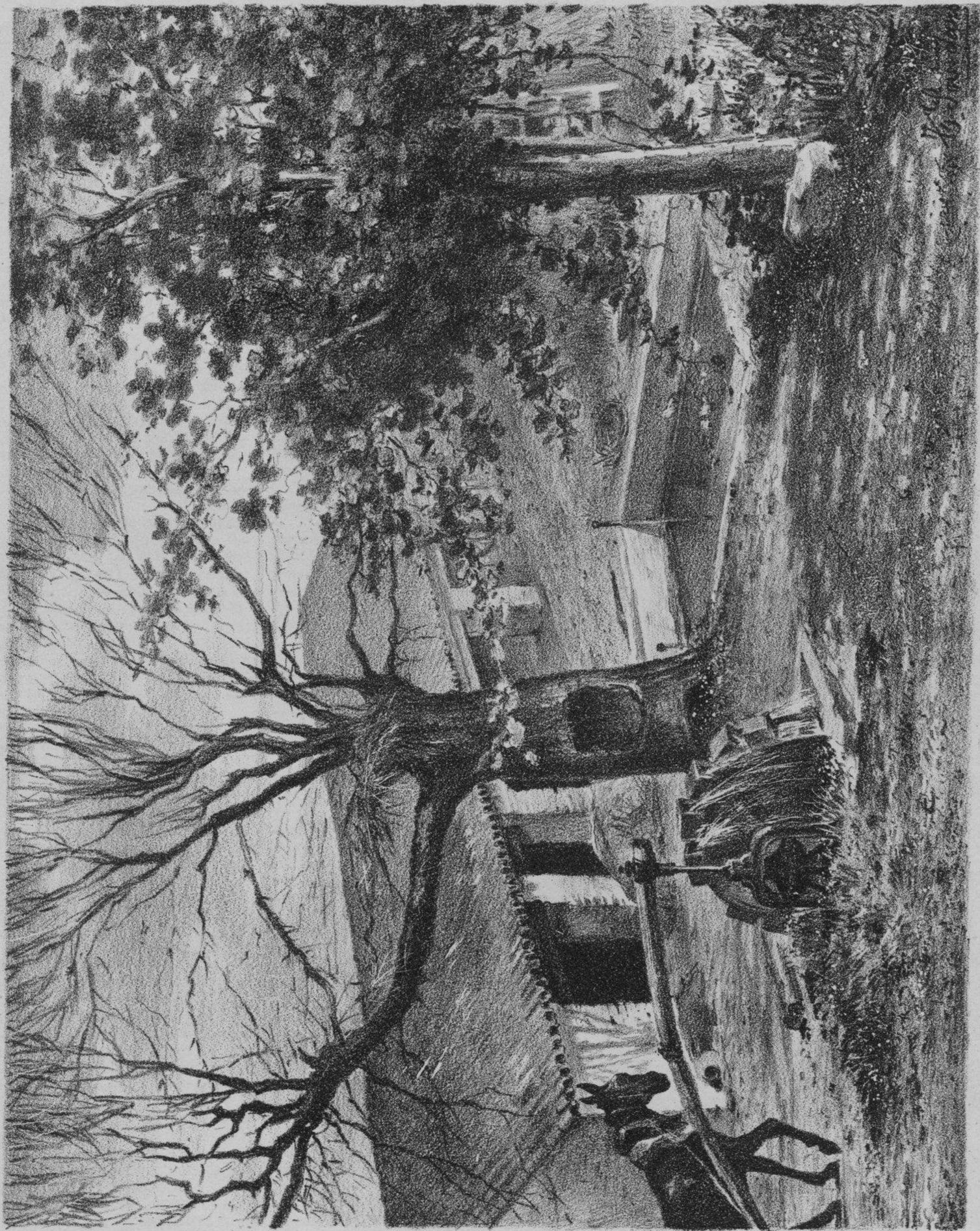
BENITO MAS Y PRAT.

SÍSIFO

(HISTORIA VULGAR)

Dejo á un lado, sobre mi mesa de estudio, un *Tratado de Mitología* que estaba leyendo, y tomo la pluma para escribir una *Historia Vulgar*.

(1) Navarrete. *Coleccion de viajes y descubrimientos*, t. II.
(2) Navarrete. *Loc. cit.*, t. I.
(3) *Exámen crítico*.
(4) *Cristophe Colomb*.
(5) *Nouvelle Biographie generale*. París, Didot, 1855.
(6) *History of the United States*. Philadelphia, 1845.
(7) *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colon*, traducida por D. José García Villalta, Madrid, 1833.
(8) *Historia universal*, traducida por D. Nemesio Fernandez Cuesta, París, Garnier, 1869.
(9) *Historia de la época de los descubrimientos*. Stuttgart, 1858.
(10) *Historia del Nuevo Mundo*. Madrid, 1793, t. I, único publicado.
(11) *Historia de América*. Barcelona, Oliveres, 1830.
(12) *Códice Diplomático Colombo Americano*. Génova, 1823.
(13) *Année véritable de la naissance de Christophe Colomb*. París, 1873.
(14) Julio Salinerio, Jurisconsulto de Sabona. *Adnotationes ad Cornelium Tacitum*. Génova, 1602.



CERCANIAS DE SEVILLA
(Estudio del natural.)

El suplicio sin término á que fué condenado Sísifo, aquel perpétuo empujar hasta la cima de una montaña una gran roca que, por su propio peso, rodaba hasta abajo una y otra y mil veces, me ha recordado la historia de un hombre cuyo cadáver he acompañado, no há mucho tiempo, á la última morada.

No hay que extrañar esta relacion de semejanza entre un personaje fabuloso y un individuo real: acaso, cada hombre es más que un Sísifo, cuyos trabajos sólo acaban para comenzar de nuevo?

I

Mediaba la tarde. El sol descendía perezosamente hácia el ocaso; grandes nubarrones de color plomizo velaban á intervalos su disco amarillento: soplaban las desapacibles brisas del otoño. Yo caminaba, solo y pensativo, por una de las calles del pueblo, y dirigíame, siguiendo mi antigua costumbre, á dar un paseo por las afueras.

Andaba despacio y dando vueltas en mi imaginación á no sé qué pesares que entónces me afligían, y que luégo han desaparecido para dejar lugar á otros, que también van desapareciendo sucesivamente, como desaparecen esas fantásticas figuras que proyecta sobre el oscuro fondo la linterna mágica.

De pronto, sentí detrás de mí el ruido, cada vez más distinto, de los precipitados pasos de algunas personas. Paréme en la acera para dejarlas pasar, volví la vista maquinalmente y la contemplación de un extraño espectáculo vino á arrancarme de mis meditaciones.

Detrás de un monaguillo que enarbolaba una mediana cruz, y de un cura rechoncho y mofletado, revestido con una vieja capa de coro, cuatro hombres conducían en hombros un féretro que había estado pintado de verde, al que seguían, cerrando la comitiva, sólo dos seres: un hombre y un perro; un anciano ciego, cubierto de harapos, y un pequeño gozque, que le servía de lazarillo.

El clérigo aceleraba el paso cada vez más; imitábasele el monaguillo y los hombres que conducían el ataúd; el perro intentaba seguirles de cerca, tirando, casi hasta ahorcarse, del cordel á cuyo extremo iba cogido el mendigo, y éste, guiado por el noble animal y apoyándose en un nudoso garrote, también andaba tan aprisa como le permitían sus endebles fuerzas, su cansancio, y ese miedo especial con que anda todo el que ignora en dónde va á poner el pié.

—Señor cura, por caridad, vaya usted más despacio;—dijo al fin el anciano con voz temblorosa y suplicante.

Y no obteniendo lo que deseaba, añadió con acento en que se revelaba más humildad todavía:

—Considere usted que soy ciego y anciano, que estoy enfermo, y que no podré seguir el féretro, si no caminamos ménos aprisa.

—¡Gran pena me dará eso!—contestó el cura con una dureza que contrastaba notablemente con el tono de súplica del mendigo:—¡Seguramente piensas tú que yo voy á andarme en contemplaciones contigo y á llevar despacio y con ceremonia el cadáver de un descamisado como tú! Aprieta el paso, ó párate cuando no puedas andar más.

Los que conducían el ataúd se rieron como unos estúpidos al oír las frases del cura; en cambio, el mendigo suspiró dolorosamente, y el perro aulló, como protestando contra la falta de caridad de aquel indigno ministro del Señor.

El anciano se paró un momento, falto de fuerzas; el perro volvió los inteligentes ojos hácia su amo, y lanzando un nuevo aullido, tiró del cordel con marcada insistencia; y yo, que enternecido é indignado á la par, había presenciado la escena que dejo bosquejada y oído el breve diálogo del cura y el ciego, no pude contener un impulso de mi alma, y me acerqué á este último, diciéndole:

—Buen hombre, no desmaye usted; apóyese en mi brazo, y continuemos andando. Á veces, la caridad no falta sino á aquellos que tienen mayor obligación de ejercerla. Apóyese sin cuidado y cumplamos los dos la última de las obras de misericordia.

Volvió la cabeza el cura al oír mis palabras y lanzó sobre mí una mirada de mal reprimida ira; yo le miré con lástima en que quizás había algo de desprecio. El perro, comprendiendo con el prodigioso instinto de los animales de su especie, que ya era inútil su oficio de lazarillo y que yo había hecho un bien á su dueño, dejó de atirantar la cuerda y vino saltando á saludarme como á un antiguo conocido, mientras el anciano me decía con voz que embargaba el agradecimiento:

—Dios le pague esta buena obra: nunca faltan almas caritativas que se interesen por los desgraciados.

Continuamos andando en silencio detrás del féretro.

Luégo que llegamos á las últimas casas del pueblo, el cura se volvió y, precedido del monaguillo, comenzó á desandar el camino que habíamos llevado.

El abandono y el desprecio pesan sobre los pobres aún más allá de la muerte: ¿para qué había de acompañar al cadáver por más tiempo?

—Id más despacio, y os daré para un trago;—dije entónces á los cuatro hombres.

Ellos obedecieron, y poco despues llegábamos á las puertas de la sombría ciudad de los muertos.

II

El hombre empequeñece cuanto toca.

Ha querido personificar á Dios, al *Causa causarum*, al Sér en quien reside la noción absoluta del bien, de la verdad y de la belleza, y no ha sabido hacerlo sin suponerle revestido de todas las pasiones y de todos los defectos humanos, pintándole, unas veces débil y pusilánime como un niño, y otras colérico y vengativo como una Furia. Ha querido avvalorar la idea de la muerte, cuya mayor majestad estriba en su austera sencillez, y para ello ha erigido marmóreos mausoleos, sarcófagos suntuosos y gigantescas pirámides, que sólo significan «Vanidad».

Prefiero al lujoso cementerio de la ciudad, á sus panteones de alabastro, á sus pomposas inscripciones, á sus coronas de flores artificiales, que valen tanto como lágrimas fingidas, la modesta fosa cubierta por el césped y señalada con una pequeña cruz de madera; la tosca losa de barro en que no hay grabados más que un nombre y una fecha; el emblemático manojito de humildes siemprevivas, regadas con el llanto de unos ojos hundidos por el pesar, y depositadas con trémula mano sobre el escondido sepulcro de una persona querida; el rústico cementerio de aldea, en donde, como en ninguna otra parte, se comprende á la muerte en toda la augusta sencillez de su grandeza.

Por eso, al pisar los umbrales del pequeño cementerio, en la tarde á que se refiere esta Historia Vulgar, descubrí mi cabeza respetuosamente y quedé abismado por unos instantes en un melancólico recogimiento, que bien podía valer tanto como la oración más devota.

Avanzaron los hombres que conducían el féretro; seguimoslos silenciosamente, y, costeando zanjas repletas de restos humanos, llegamos á uno de los rincones más apartados del campo santo. Allí estaba, estrecha como la miseria y oscura como el porvenir de los desgraciados, la fosa que había de servir de último asilo al amigo ó pariente del anciano ciego.

El sepulturero, hombrecillo de rostro macilento y flaco, en cuyos pequeños ojos sin brillo se leían los estragos de la embriaguez habitual, se acercó á nosotros refunfuñando; y, cuando hubo sacado el cadáver del ataúd y puéstole al borde de la fosa, dijo en tono de mal humor, en tanto que yo daba unas monedas á los conductores:

—¡Mal rayo sobre tanto muerto pobretón! No parece sino que este año hay diluvio de esta canalla, que da mucho trabajo y ningún provecho. Nó, pues yo no puedo enterrarle ahora; que voy á preparar el alojamiento á uno de los que dan *monises*. Lo primero es lo primero.

Y nos volvió la espalda, echando á andar pausadamente, mientras que los cuatro hombres se llevaban por otro lado el ataúd vacío.

—¡Pobre tío Blas!—exclamó el mendigo tristemente, despues de oír las palabras del sepulturero.—¡Anda con Dios!—prosiguió diciendo con un suspiro:—¡habías de ser desgraciado aún despues de muerto!

Y de sus ojos sin luz brotaban abundantes lágrimas, que, rodando por sus tostadas mejillas, iban á perderse entre los blancos hilos de su desaliñada barba.

Lo misterioso de las frases del ciego, tras de las cuales debía de ocultarse una historia interesante y conmovedora; el extraño bienestar, no exento de cierta amargura indefinible, que yo experimentaba; el rostro demacrado y venerable de aquel cadáver cubierto de harapos, que yacía tendido delante de nosotros; la inusitada compañía de aquel mendigo, no ménos harapiento; la acendrada lealtad de aquel perro, que, echado á los piés del ciego, miraba al muerto de hito en hito, con ojos tristes y llorosos; la imponente soledad del cementerio; la luz amarillenta con que el sol iluminaba tan extravagante cuadro; todo, todo despertaba en mí el deseo de permanecer en aquel lugar.

—Aún tardará la noche—dije al anciano—y, pues por esas palabras que usted acaba de decir, se infiere que no le es desconocida la historia del hombre á cuyo cadáver hemos venido á dar sepultura, ¿tendrá usted inconveniente en contármela, mientras vuelva el enterrador?

—Señor, ninguno: ¿cómo podría negarme á ello? Así como así, la relacion de las desventuras del tío Blas, en presencia de su cuerpo inanimado y al borde de su fosa, será la mejor oración fúnebre que yo pudiera dedicarle.

—Pues empiece usted; pero ántes, sentémonos sobre este cerrillo que forma la tierra sacada de la fosa.

Y una vez sentados sobre aquella tierra, vasija rota de tantas almas, el viejo comenzó su relato de esta manera:

III

Blas perteneció á una gran raza; gran raza, digo, por lo extensa, que nó por lo elevada y poderosa; á una raza que muchos dejan de considerar como humana, segun la aversion con que la miran; á mi raza, en fin: á la de los desheredados por la fortuna.

Hijo de un pobre campesino que carecía de otros medios de subsistencia que el escaso jornal que ganaba á cambio de incesante y rudo trabajo, creció entre todo ese cúmulo de incomodidades y privaciones que son el harapiento cortejo de que va acompañada la miseria.

Tuvo cinco años, y ya fué preciso que el niño se ganara su sustento. Su padre había caído enfermo de una de esas largas y terribles enfermedades con que el destino parece complacerse en llevar al extremo su crueldad para con los pobres; faltó, pues, quien proporcionara á la familia el mezquino alimento con que vivía, y la madre del niño tuvo que trabajar más que nunca, y Blas trabajó también, cuidando de unas ovejas, mal vestido, medio descalzo y sufriendo todas las inclemencias del cielo.

Un pedazo de pan negro, del que comían los mastines de su amo, y un monton de paja por lecho, eran toda la recompensa que se daba al pobre niño por tanta y tan prematura fatiga.

Pasaron algunos años. Blas crecía sano y robusto y trabajaba á par del padre, ya anciano, pero repuesto, mucho tiempo hacía, de su penosa enfermedad.

La familia había disminuido por la muerte de la madre, y Blas, que tenía un corazón de oro y amaba con idolatría al pobre viejo, esforzabase por evitarle toda faena pesada; y cuando, despues de grandes sacrificios, lograba proporcionar algún descanso al autor de sus dias, ¿cuánto le hacía disfrutar la idea de que recompensaba, amante y bueno, sus pasadas privaciones!

—¡Dios mio!—exclamaba en sus oraciones sencillas y llenas de fe;—conservadme la vida de mi padre; que yo pueda mantenerle siempre con mi trabajo, que le vea muchos años, como ahora, feliz y orgulloso de su hijo, y ¿á qué quiero yo otra felicidad, si la suya es la mia propia?

Esto pedía á Dios Blas, que era el mejor de los hijos. Pero en los altos designios de Dios no entraba el conceder á Blas por mucho tiempo lo que pedía: su padre murió poco despues, y, cuando las lágrimas del jóven, que fueron muchas, dejaron de nublár sus ojos, miró en torno suyo, y comprendió toda la inmensidad de su desgracia. ¡Estaba solo en el mundo y era pobre!

¡Doble y horrible soledad!

¡Infeliz Blas! ¡Había soplado el huracan del infortunio, y había echado por tierra el castillo de naipes de su dicha!

IV

Blas cobró una aversion invencible á los trabajos del campo, que le traían á la memoria una lúgubre procesion de tristísimos recuerdos.

Tenía diez y ocho años: dos despues, la ley le haría soldado. Blas pensó en esto, y se dijo:

—Estoy solo como un hongo; he perdido toda mi felicidad y no amo tanto la vida, que tema mucho exponerla. Voy, pues, á servir á mi patria ántes que ella me reclame; no soy cobarde ni torpe: estudiaré, aprenderé, procuraré distinguirme entre la mayoría de los soldados, y ¿quién sabe si llegaré á crearne un honroso porvenir? Si esto se realiza, gano mucho; y si me matan, poco pierdo. Así como así, la vida me da más enojo que placer desde que se ha muerto mi pobre padre, que era lo único que yo amaba en el mundo.

Y, sin pena y sin alegría, abandonó el pueblo una mañana y sentó plaza de soldado.

Por aquel entónces (1834) los hijos de España no se llamaban españoles, sino liberales ó carlistas. La guerra civil diezaba los ejércitos, talaba los campos, arrasaba las ciudades y hacía nula la riqueza pública, dando al mundo el feroz espectáculo de una lucha de Caines.

Pronto se distinguió Blas entre todos los soldados de su batallon, por su exactitud, por su valor y por su talento. Nadie como él sabía y cumplía la ordenanza, y nadie como él defendía un puesto y atacaba un reducto. Así sucedió que á los seis años de servicio, y despues de haber sido herido y hecho prisionero dos veces, Blas era sargento primero, se veía respetado por los soldados y querido por los jefes; comparaba las consideraciones de que ya gozaba, con el desprecio con que todos le habían tratado cuando sólo era un infeliz bracero, y sentía desarrollarse en su alma los gérmenes de la ambición; pero de esa ambición noble y legítima que, para verse satisfecha, no

emplea otro medio que el esfuerzo propio; de esa ambición, en fin, que es inequívoco distintivo de las almas no vulgares.

Por otra parte, Blas no tenía el corazón insensible á las desdichas de su patria; la amaba como á una madre desventurada, y, áun sin la esperanza de premio, hubiera sido capaz del heroísmo por amenguar sus males.

Una acción de guerra más, y Blas sería subteniente, si ella le brindaba ocasión para realizar alguna proeza. ¿Qué más podría desear el hijo del humilde labriego?

Pronto hubo esa ocasión: que nunca falta por mucho tiempo la de derramar sangre, cuando flamea siniestra entre los hombres la devastadora tea de la discordia. Se empeñó una nueva batalla entre carlistas y liberales, y, en medio de los horrores de la pelea, Blas dió una muestra más de su serenidad y de su valor, asaltando él solo una trinchera carlista, é hiriendo ó haciendo huir á los pocos soldados que la defendían, pero recibiendo un balazo en la pierna izquierda.

Y cuando, después de dos meses de penosa curación, esperaba ver recompensada con un ascenso su bravura, le entregaron no la credencial de subteniente, de que tan digno se había hecho, sino la licencia absoluta por inutilidad para el servicio y una de esas cruces honoríficas que todos los Gobiernos reparten tan prodigamente. Una leve imperfección que había quedado á Blas en la pierna fué reputada como causa bastante para despedirle, mientras que el general de división, en un parte que había remitido al Ministro de la guerra, atribuía la heroica acción de Blas á un protegido suyo, para quien pedía un ascenso y la gran cruz de San Fernando.

Otra vez se vieron desvanecidas como humo todas las esperanzas de Blas, quien solo, á pié, lamentándose de la crueldad de su suerte y llevando bajo las varias cruces que cubrían su corazón el triste cementerio de sus ilusiones, emprendió el viaje hácia su pueblo.

Llegó á él una noche, después de muchos días de camino, y en ocasión de hallarse maciza de gente la pequeña plaza de la villa.

—Paisano, ¿qué fiesta se celebra?—preguntó á uno.

—Pues qué, ¿no lo sabe usted siendo militar? La conclusión de la guerra civil.

En esto comenzaban á arder unos fuegos de artificio que en medio de la plaza estaban colocados; tronaron los cohetes, dejando en el aire fugitivas estelas ígneas; encendiéronse al fin, con variados colores, unas letras en lo alto del castillejo de cañas y pólvora, y Blas leyó con amargura estas palabras, que le parecieron un sarcasmo:

¡VIVA EL PACIFICADOR!

F. RODRIGUEZ MARIN.

(Se concluirá.)

EDUCACION DE LA MUJER

De la cultura del espíritu de la mujer depende muchas veces la sabiduría del hombre.
SHERIDAN.

I

La educación de la mujer continúa siendo un problema, digno, por su importancia, de ocupar seriamente las inteligencias en busca de la más satisfactoria solución.

¿Deben confiarse todos los tesoros de la ciencia, ó negársele en absoluto, limitando sus conocimientos á los estrechos círculos del hogar doméstico? Las opiniones son tan diferentes como la apreciación que de ella se hace; unos la subliman hasta el infinito, otros la detractan sin piedad. Sus virtudes y sus vicios, su amor y su odio, todo se exagera, y es difícil convencer á la generalidad de que no es ni ángel ni monstruo, sino sencillamente como la hizo el Creador, carne de la carne y hueso de los huesos del hombre, con sus cualidades y defectos; digna, como él, de que se atienda á su educación, supuesto que posee la misma capacidad intelectual.

Pero á la vez creemos que, si la instrucción ha de ser aprovechada, se debe adaptar á la inteligencia que la recibe, y este, en nuestra opinión, había de ser el primer estudio de las personas llamadas por su profesión ó voluntad á la enseñanza de la niñez. La experiencia demuestra al mismo tiempo, que la buena dirección no es asunto que puede emprenderse cuando la criatura está crecida, sino que debe empezar desde los brazos de su madre. Sepa ésta corregir dulcemente los defectos y malas inclinaciones que con tanta facilidad se advierten en los niños, y para ello empe-

remos por educar á la mujer, enseñarle su misión sobre la tierra, con los medios de practicarla, y tendremos uno excelente de regenerar la sociedad.

II

Siempre que el hombre ha querido hacer independiente su destino, del de la compañera que le dió el Altísimo desde los primeros días del mundo, se ha notado la pernicioso influencia de este orden de ideas en todas sus relaciones sociales. En los antiguos pueblos, en las sábias repúblicas que dictaban leyes á todo el orbe conocido, ¿qué aprecio se hizo de la mujer? ¿Qué suerte le cupo en sus ostentosos triunfos? Esclava, envilecida, no tuvo el trono del hogar, ni el derecho de la familia; fué estimada sólo como una cosa de tanto más valor cuanto su mayor exhuberancia de vida y de salud podía ofrecer más robustos hijos á aquellas generaciones de héroes y tiranos: es decir, que de todos los derechos que Dios y la naturaleza le habían concedido, sólo le quedó el de ser madre, y esto porque no era dado al hombre arrebatársele como los demás.

Roma, la culta y poderosa reina del Tiber, fué todavía más cruel con la mujer que los pueblos que la desconocieron y despreciaron: prostituyó cuanto había en ella más digno de respeto y áun hoy el recuerdo de aquellas costumbres depravadas repugna á la moral y á la sana razón.

Reservada estaba al Cristianismo la gloria de escribir en páginas de oro la emancipación de la que tan humillada había sido, y elevarla del estado de sierva al rango de señora. La mano bendita que rompió las cadenas del esclavo, la voz potente que hizo oír por primera vez en todos los ámbitos de la tierra sublimes palabras de unidad de Dios, libertad y fraternidad entre los hombres, la sacó del abismo y santificó su puesto en el hogar cristiano. Al espirar en el Calvario Jesús, víctima de la saña de los mismos á quienes redimía, legó á la humanidad en su Madre el ideal divino, la grandeza infinita y el sublime dechado de todas las perfecciones de la mujer, así como ántes le había dado en Magdalena el perdón de los pecados y la rehabilitación por medio del arrepentimiento.

Sin embargo, apesar de lo que varió su posición, y de los preceptos morales y religiosos que á propósito de los deberes en que está el hombre para con ella han expresado San Pablo, San Gerónimo, San Agustín y otros muchos santos doctores y sabios ilustres, siempre se ha evitado como un peligro concederle derechos y durante muchos años hasta la precisa instrucción.

Apelando solamente al buen juicio, ¿puede ser ocioso el esmero que se ponga en formar su corazón é inteligencia? ¿No depende de ella el porvenir de la sociedad? ¿No es en el fondo del hogar donde la mujer enseña á pronunciar las primeras palabras al orador que más tarde llena de admiración á los pueblos, unge con sus besos y lágrimas las frentes que han de coronar los laureles de la victoria y da valor y constancia á los mártires de la fe? Si se consiguiera hacer de las niñas que están llamadas á formar nuevas familias, mujeres instruidas, laboriosas, económicas y penetradas de la importancia de su destino, habríamos adelantado mucho en la gran cuestión de mejorar el porvenir.

Por más que no todas estén llamadas á los sagrados deberes de esposa y madre, no hay una que no pueda ejercer el sacerdocio de la enseñanza, cualquiera que sea su posición social. No han de faltarle huérfanos desvalidos ó sirvientes ignorantes que carezcan del alimento del espíritu y que reciban este bien como un rocío del Cielo; pero concretándonos ahora á la madre de familia, expongamos brevemente cómo entendemos la misión que le está confiada.

El hogar ha de ser para ella un altar y un trono: víctima propiciatoria en el primero, dispuesta al sacrificio; reina vigilante desde el segundo, debe procurar la mayor suma de bienes á la familia que la rodea: ya como el ángel tutelar extendiendo por todos lados su influencia bienhechora; ya semejante á la misteriosa nube que guiaba á los israelitas durante la travesía del desierto, dirigiendo los pasos de aquellos seres estrechamente unidos á ella por los lazos de flores del amor y el respeto para librarlos de cuantos peligros ofrecen los senderos del mundo. Suave medianera entre la justicia del padre y las

faltas de los hijos, ejemplo digno de ser imitado, debe armonizar de manera sus derechos y sus deberes, sostener una paz tan dulce alrededor suyo, que el recuerdo bendito del hogar donde fué educado sea para el hombre el mejor consuelo en las amarguras de la vida.

La mujer debe ser esencialmente religiosa, creyente de corazón, llena de fe, esperanza y caridad: si no posee estos sentimientos, si en las desgracias y dolores no sabe elevar los ojos al Cielo para ofrecer á Dios sus trabajos y pedirle misericordia; si no se dirige á él para darle gracias por los beneficios que recibe, ¿cuáles serán las creencias que pueda dar á sus hijos? De una madre incrédula, ignorante ó frívola en asuntos de tan grave trascendencia, sólo debe esperar la sociedad criaturas excépticas, indiferentes ó ateas, que hagan la desesperación de sus maestros. Las mejores lecciones y los ejemplos más sanos serán de todo punto inútiles: de aquí la perversidad precoz que llama la atención tan enérgicamente, pues nos enseña esas turbas de seres niños por la edad y decrepitos por su malicia y viciosas costumbres.

III

Antes de continuar vamos á permitirnos trasladar algunas líneas de un artículo sobre *La ilustración de la mujer*, por la identidad de nuestros pensamientos, con los expresados por su autor:

«Debe ilustrarse á la mujer (dice) con el conocimiento exacto de todas las virtudes morales que hacen al hombre respetable, honrado y probo entre sus conciudadanos, que suavizan sus instintos inclinados siempre á la lucha, guían sus pasos por los senderos del honor y le coronan de gloria en las rudas pruebas que le ofrece el destino.

«Los conocimientos necesarios de economía doméstica, las nociones precisas para su futura posición de esposa y madre, el método que ha de emplear para la educación física, moral é intelectual de los hijos, la higiene y todas las útiles enseñanzas que con estos deberes se relacionan, habrán de serle familiares: desde que es la primera institutriz del niño, debe con sus caricias inculcarle los sanos principios y buenas costumbres que han de hacer de él la esperanza de su patria y la gloria de sus hermanos. No es para esto necesario que tenga vastos y profundos conocimientos en el saber. Fonsagrifs ha dicho: «No es preciso que la mujer lo sepa todo, pero debe comprenderlo, porque su viveza y facilidad de concepción intelectual suplen casi al saber. Por instinto adivina muchas veces las cosas sin conocerlas á fondo; con instrucción igual la mujer parece superior al hombre.»

El arte de la conversación ha de ser también familiar, no sólo á la que por su posición social es el alma de esas elegantes reuniones, donde se cultiva la inteligencia y se suavizan las costumbres, sino á las que en esfera más modesta viven sin estas aspiraciones. Él sirve para estrechar los lazos de la familia y sembrar en ella abundantes semillas de sociabilidad, cultura y elegancia; ¿qué más poderoso auxiliar para la educación del niño que la fácil elocuencia de la madre? Quita su aridez al estudio y reviste de encantos las máximas y preceptos que enseña: hasta hacer amar lo que sin su influencia sería siempre desagradable; supuesto que nada hay más práctico que su vida, nada debe ser más práctico que su educación.»

Añadamos solamente á lo dicho una corta reflexión: no porque el niño sea pequeño debe descuidarse el arrancar de su corazón las malas yerbas de los caprichos juveniles. San Agustín dice en sus *Confesiones* (Lib. I, cap. VII): «Infierno que en los niños es el tierno cuerpo inocente, pero no lo es el ánimo.» ¡Cuánto debe ser el esmero de la buena madre, para evitar que el mal inutilice sus afanes!

(Se concluirá.)

ISABEL CHEIX.

SUMARIO

TEXTO.—¿En qué año nació Cristóbal Colón? por D. José M. Asensio.—Himno al Nilo, poesía, por D. Carlos Peñaranda.—La barquera pálida, poesía, por D. Benito Mas y Prat.—Sísifo (historia vulgar), por D. Francisco Rodríguez Marin.—Educación de la mujer, por D. Isabel Cheix.

ILUSTRACIONES.—Las víctimas de Navidad, cuadro de D. José de la Vega (dibujo de D. Baldomero Tovar).—Cercanías de Sevilla: estudio del natural.

SEVILLA.—Imp. y lit. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3.